

LUCIO PICCOLO

CANTOS BARROCOS

Y OTROS POEMAS

PRÓLOGO DE
EUGENIO MONTALE

EDICIÓN, NOTICIA BIOGRÁFICA
Y TRADUCCIÓN DEL ITALIANO DE
JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Canti barocchi e altre liriche — Gioco a nascondere e altre liriche — Plumelia — L'esequie della luna — La seta e altre poesie inedite e sparse — Il raggio verde — L'oboe e il clarino (carteggio 1965-1969)*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Herederos de Lucio Piccolo
© del prólogo, by Herederos de Eugenio Montale
Publicado con el permiso de The Italian Literary Agency
© de la edición y la traducción, 2026 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Taormina*, de Hercules Brabazon Brabazon (1821-1906)

ISBN: 979-13-87964-09-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 565-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i> , por EUGENIO MONTALE	9
--------------------------------------	---

CANTOS BARROCOS

I. El oratorio de Valverde	19
II. El reloj de sol	27
III. Siroco	33
IV. La noche	35

BOSCO EL PRESTIDIGITADOR

En tiempos del rey Borbón	41
La admonición	45
El Prestidigitador	47
Las cartas en marcha	51
El alma y los embelecados	57

POESÍAS

Inconstante universo de ráfagas	63
Donde esporas de sol	65
Si tratan los huesudos nudillos	67
De descansos vivimos	71
<i>Veneris venefica agrestis</i>	73
La luna trae el mes	81
Largos zarcillos...	85
Pero la noche que pasa	89
La caza	93

EL JUEGO DEL ESCONDITE

El juego del escondite	103
Anna Perenna	121
El horno	133
La alquería	141
Las velas	149
Topacio ahumado	155
Ronda	159
Los días...	161
Sombras	163

PLUMERIA

Guía para subir al monte	169
El pasadizo	175
Nocturno	179
El mensaje perdido	183
El camino extramuros	187
Las tres figuras	191
Los arrabales	193
Los muertos	195
Plumería	197

LA SEDA

No fue como creías...	201
La torre	203
La seda	211
Idilio del eco fugitivo	213
El engaño de la red	215
La estación	217
Desde estas barandas te he visto	219
A la luna	221
Bajaban en otros tiempos	223
Voz humilde y perenne	225

EL RAYO VERDE

El rayo verde	229
El canto de las Hespérides	231
Las cornamusas del mar	235

APÉNDICES

<i>Lucio Piccolo habla de los Cantos barrocos</i>	239
<i>Carta a Antonio Pizzuto</i>	243
<i>La poesía es memoria</i>	250
<i>Noticia biográfica</i>	255
<i>Bibliografía selecta</i>	263

PRÓLOGO

El 8 de abril de 1954 recibí un librito que llevaba un nombre para mí desconocido: Lucio Piccolo. Iba dentro de un sobre amarillo, por desgracia cerrado, franqueado con un sello de treinta y cinco liras. Para retirarlo tuve que pagar una tasa de ciento ochenta liras. Dicho librito, titulado *Nueve poemas*, impreso por una sola cara de la hoja en unos caracteres gastados y poco legibles, no llevaba ninguna dedicatoria, pero iba acompañado de una carta. Procedía de Capo d'Orlando (Mesina) y el pie de imprenta era el del Stabilimento Progresso-Santa Agata. El diseño práctico no era mejor que la de los *Cantos órficos* de Dino Campana, publicados en Marradi en 1914.

La carta decía así:

Me permito enviarle algunos de mis poemas que he hecho imprimir privadamente y que no pondré en circulación. En ellos, sobre todo en el grupo de los *Cantos barrocos* que es el que más estimo, mi intención ha sido evocar y fijar un mundo singular siciliano, más concretamente palermitano, que está ahora en trance de desaparición sin haber tenido la fortuna de encontrar expresión artística. Y ello, claro está, no por ninguna elección programática mía de un asunto, sino por una persistente necesidad interior de expresión poética. Me refiero a ese mundo de iglesias barrocas, viejos conventos, almas adecuadas a estos lugares, que pasó sin dejar huella. He intentado no tanto evocarlo como dar de él una interpretación a partir de los recuerdos de infancia. Le ruego que tenga la amabilidad de leerme y que me disculpe, etcétera.

Yo he escrito versos, y sobre todo he escrito sobre muchos poetas viejos y jóvenes: lo que quiere decir que cada año recibo cientos de libros de versos. No tengo el olfato de un Goethe que, tras haber husmeado el paquete, lo tiraba a la papelera sin abrirlo diciendo que no olía a nada bueno. Yo los libros que recibo los abro, les echo una ojeada y ni siquiera los arrojo al cesto de los papeles. Forman encima de mi mesa una pila que de vez en cuando un piadoso criado hace desaparecer por propia iniciativa. El libro de Lucio Piccolo no fue a integrar esta pila. Acaso mi propósito era comprobar si valía ciento ochenta liras. Me lo llevé por tanto conmigo, lo leí distraídamente, sin que la carta (más bien genérica y que hacía temer una poesía puramente descriptiva) me despertase el deseo de hacerlo. No empecé siquiera por los poemas barrocos. Leí las cinco primeras poesías, nada fáciles, ni inmediatas, sin esforzarme en comprender. Estoy convencido de que raramente la comprensión de la poesía puede ser fulminante. Es difícil hacer concordar el sentido literal y el musical de un poema. Ambos sentidos pueden presentar distintos grados de incompatibilidad. El significado racional puede ser tan evidente como secreta, recóndita, casi inasible su música verbal: o bien puede suceder todo lo contrario. Por otra parte, un poema no puede estar hecho solamente de música; tiene que revelar un sentido que una simple armonía de palabras ininteligibles no puede darle. La distinción entre arte y poesía que a veces asoma en las páginas de De Sanctis, poco feliz quizá en su formulación, señala una necesidad que posiblemente no será nunca resuelta. (La dificultad de hacerle un lugar a la poesía junto a las llamadas «artes» siempre será el obstáculo de toda estética general, sistemática).

Para cerrar el paréntesis diré, pues, que leí las primeras poesías del pequeño ejemplar sin esforzarme en agu-

PRÓLOGO

zar la atención hacia una u otra de las dos distintas direcciones. Leí:

*Mobile universo di folate
di raggi, d'ore senza colore, di perenni
transiti, di sfarzo
de nubi...*

Y un poco más adelante:

*Di soste viviamo: non turbi profondo
cercare, ma scorran le vene,
da quattro punti del mondo
la vita in figure mi viene.*

Y una vez abordados con menos temor los *Cantos barrocos* me detuve al comienzo de «Siroco»:

*E sopra i monti, lontano sugli orizzonti
è lunga striscia color zafferano:
irrompe la torma moresca dei venti,
d'assalto prende le porte grandi
gli osservatori sui tetti di smalto,
batte alle facciate da mezzogiorno
agita cortine scarlatte, pennoni sanguini, aquiloni...*
[...]

*Ma quando ad occidente chiude l'ale
d'incendio il selvaggio pontificale
e l'ultima gora rossa si sfalda
d'ogni lato sale la notte calda in agguato.*

Debió de ser en parte también por influencia de la pésima presentación del libro, pero el hecho fue que en estos poemas me impresionó una inspiración, un *raptus* que me hizo pensar en las mejores páginas de Dino Campana. El

PRÓLOGO

léxico es a menudo rebuscado, pero la palabra tiene escaso peso, la armonía es la de un moderno compositor politonal. Muy confusamente, no podía dejar de pensar, no sé por qué, en esos poetas galeses—en Dylan Thomas, cuando no escribía totalmente borracho—que parecen emplear una lengua primordial, recién descubierta, sin ahorro de latinismos. No se podía llegar muy lejos con tales comparaciones, de lo que me convencí enseguida al leer «*Veneris venefica agrestis*», poema que forma parte de *Cantos barrocos*:

*Sorge dalla macchia terragna, il volto
—ilare, arcigno—stretto nel nero fazzoletto
sembra di castagna risecchita, il capello
che ne sfugge non è vello gentile
ma riccio caprigno; quando va
(non sai se ritta o china) il bruno piede contratto
è radica che d'un tratto sbuca dalla terra e cammina.*

[...]

*Governa, sembra, la forza
delle lune crescenti
che gonfia le cortecce e alterna
gl' invincibili fermenti
i flussi, le linfe...*

*Pronuba come gli uccelli
che portano semi lontani
reca gli innesti arcani.*

No es una Venus, sino una bruja. A pesar de ello, me vino a la mente un lejano recuerdo de D'Annunzio: el mismo que asoma en alguna vieja tirada de versos de Enrico Pea. Muy parecida a su tendencia a la catalogación, a la serialización, de las imágenes. ¡Pero qué lejos de cualquier parnasianismo y dannunzianismo! ¡Y cómo se ha descarnado, macerado y sutilizado el lenguaje!

En la reciente tradición italiana D'Annunzio es un poco como Victor Hugo en su posteridad francesa, desde Baudelaire en adelante: está presente en todos porque experimentó o bordeó todas las posibilidades estilísticas y prosódicas de nuestro tiempo. En este sentido no haber aprendido nada de él sería una pésima señal.

Había terminado de hojear el librito cuando Giuseppe Ravagnani, que estaba preparando, en San Pellegrino, un encuentro o desencuentro entre literatos de dos generaciones distintas me pidió que participase en ese certamen presentando a un nuevo escritor, a un joven; y yo le contesté que hablaría con Lucio Piccolo. Una vez asumido el compromiso comencé a preocuparme de él, a pensar en él. Me decía: si este poeta está haciendo sus primeras armas, como todo parece indicar, ¿qué camino le queda por recorrer? Su poesía se mantiene apenas en los márgenes de una vida identificable: y depende de un hecho anterior, o de un *post factum*, que perdería todo su valor si se convirtiese en manera—y carrera—de poeta onírico y surreal. ¿Podía augurarle verdaderamente al desconocido Piccolo el «éxito»? ¿No era mejor dejarle vivir y escribir en su lejano refugio?

Pasaron así dos o tres semanas; y estaba yo parado en este punto de mis preocupaciones cuando me anunciaron la visita del señor Lucio Piccolo en persona, en viaje hacia San Pellegrino. Y junto con mi sorpresa descubrí que el joven poeta había nacido en 1903, es decir, apenas siete años después que su presentador. Dios mío, ¿cómo podía acabar un encuentro semejante entre hombres de distintas generaciones? Me encontraba ante el barón Lucio Piccolo de Calanovella, escritor inédito hasta entonces, pero también músico completo, entendido en filosofía que puede leer a Husserl

y Wittgenstein en los textos originales, versado helenista, conocedor de toda la poesía europea vieja y nueva, lector, por ejemplo, de Gerard Manley Hopkins y de Yeats, cuyas inclinaciones esotéricas comparte. Me encontraba, en suma, ante un *clerc* tan docto y consciente que verdaderamente la idea de tener que apadrinarlo suponía para mí una incomodidad insuperable. Lucio Piccolo ha leído *tous les livres* en la soledad de sus tierras de Capo d'Orlando; pero no sigue ninguna escuela. El poeta extranjero en quien había pensado de pasada, Dylan Thomas, era casualmente el único que todavía no conocía. Ahora me consta que Piccolo ha colmado también esta laguna.

Así me pareció el personaje que he tratado de describir, al menos desde el punto de vista de su estado civil, de lugar de origen y cultural: un hombre muy singular, un hombre siempre en fuga, en ciertos aspectos afín a Carlo Emilio Gadda, un hombre a quien la crisis de nuestro tiempo ha arrojado fuera del tiempo. Encontraréis a sus lejanos parientes en las pinacotecas. «Un personaje del Greco», lo definió a primeva vista Leonetta Cecchi Pieraccini. En el certamen poético de San Pellerino apareció y desapareció sin decir palabra. No creo que posea virtudes oratorias. Oradores los hubo en su familia (un Tasca di Cutò, que pertenece a la ascendencia materna), pero entre los hombres de su clase él es el único en quien el discurso se ha sublimado en poesía. No sabría decir cuánto ha aprovechado su gran cultura a su formación poética. Quizá la autocritica le atezó en sus comienzos, pero más tarde le ha servido sin duda para enmarcar su aventura individual. Tentado estoy de atribuirle el motivo husserliano del que él mismo habló en San Pellegrino: la contradicción entre un universo mutable pero concreto, real, y un yo absoluto, aunque irreal por carecer de concreción; pero ¿no definiría con esto toda

una corriente de poesía metafísica que en varios aspectos sigue vigente desde siempre? En las poesías que Piccolo ha añadido a su librito, doblando su número de páginas (precisamente las diez primeras que el lector encontrará en el índice) el poeta modifica un poco la primera impresión que nos dejara. En el *impromptu* parecen sustituirla la naturaleza muerta, la figura de almanaque o las aleluyas. No es probable que sean éstas realmente las poesías más recientes del poeta. Sin embargo, nos permiten fijar los extremos de su gama temática: el belén de *biscuit*, el objetivismo surreal («El prestidigitador») y el panel decorativo («La caza»): los hallazgos del verso tradicional y de la rima nos retrotraen curiosamente al verso libre que estaba de moda hacia los años 1915-1920, pero, eso sí, sobre un fondo armónico totalmente distinto. En Piccolo el tema popular aparece por lo general diluido y transformado, casi como el motivo folclórico en la música de Bartók. No obstante, la poesía más segura de Piccolo se advierte allí donde entran en juego las máscaras (*personae*) que pueblan su vida de solitario: es decir, en los *Cantos barrocos*, en esas poesías—como «El alma y los embelecos» y otras—en que el brío del ritmo tiene ya una plena función de silencio en la que la palabra misma no logra prolongarse, tener resonancia.

El futuro literario de Lucio Piccolo me parece totalmente imprevisible: un verdadero desarrollo de su poesía sólo se podría producir en una línea de una mayor simplificación nada fácil para quien sólo dispone de una vida. Es cierto que los pocos poemas de este poeta quedarían como el fruto singular de una estación poética que en los últimos años se presentó un tanto pobre. No cabe duda de que aún sin el error en el franqueo al que debo la lectura de los *Nueve poemas*, de una manera u otra la poesía de Lucio Piccolo no habría pasado inadvertida. El sonido de cuerno que nos

PRÓLOGO

llega de Capo d'Orlando no es el olifante de un superviviente, sino una voz cuyo eco cada uno puede oír en sí mismo. Todo lo demás (la procedencia, los posibles desarrollos, la difusión, las diversas dificultades de interpretación, los problemas que el poeta no se plantea y que, naturalmente, no resuelve) forma parte de una complicación crítica a la que hoy no me siento con ganas de aventurarme. Por ahora nos basta con el sotobosque poético de Piccolo, esa naturaleza abierta y al mismo tiempo hostil, libremente floreciente y sin embargo concebida como un teatrillo de *pupi*. Gran señor cosmopolita y campesino, alfarero ambulante y sedentario tañedor de caramillo que sabe extraer inéditas modulaciones hasta de una caña rota, Piccolo quizá no sabe con seguridad qué es lo que nos ofrece hoy y podrá ofrecernos en el futuro. Saberlo para él, incluso a costa de ridículos malentendidos, será tarea de sus críticos del mañana: si es que el día de mañana aún hay una crítica que lea los libros de los poetas.

EUGENIO MONTALE

1960

CANTOS BARROCOS

CANTI BAROCCHI

I
ORATORIO DI VALVERDE

Ferma il volo Aurora opulenta
di frutto, di fiore,
balzata da rive vicine
diffondi ancora tremore
di conchiglie, di luci marine,
e le valli dove passasti alla danza
pastorale fra le ginestre
t'empirono le canestre
di folta, di verde abbondanza
—a larghe onde di campane tessuta
venivi, dai fili di memorie, dai risvegli infantili—.

Traevi con te ne l'incanto
le migrabonde stagioni,
ognuna ora dona il suo vanto
e sono albicocche in festoni,
pesche, ciliege, viticci attorti,
orgoglio fragrante degli orti.

Gracile Primavera cui biancospino
punge il piede errante nel cammino
èsita, implora, non osa
turbare nel sonno la rosa.

Poi labbro che soffia seme di fuoco
la ridesta a poco a poco,
e l'Estate la coglie, la spande
in ampie volanti ghirlande.

I
EL ORATORIO DE VALVERDE

Detén el vuelo Aurora opulenta
de fruto, de flor,
surgida de costas vecinas
difundes aún un temblor
de conchas y luces marinas
y los valles por donde pasaste
en pastoril danza entre las retamas
te llenaron las canastas
de copiosa, verde abundancia
—con amplias ondas de campanas tejida
venías, por hilos de recuerdos y despertares de infancia—.

Con el encantamiento traías contigo
las migrabundas estaciones,
cada una alcanza ahora su esplendor
y son albaricoques en festones,
melocotones, cerezas, volubles zarcillos,
orgullo fragante de los huertos.

Grácil Primavera a la que el espinoso albar
hiere el pie errante en el camino,
vacila, implora, no osa
turbar en el sueño a la rosa.

Luego labio que simiente de fuego sopla
poco a poco de nuevo la despierta,
y el Verano la coge, la expande
en amplias guirnalda volantes.

E Autunno, Inverno che dona?
Inverno per le notti all'altare
globi di gocciole gelate tra ginepri
che la luce fa turbinare,
e i venti quando l'organo rintrona.

Fra le volute, fra gli archi che vincono gli estri
più snelli delle tastiere, pavoni, uccelli del paradiso,
fagiani
bevono in conche cilestri,
la fuggitiva dell'Arca porta l'oliva
fra i melograni.
Su le mensole accanto ai messali gravati
di cuojo gli antifonari (hanno stuoli
di rondini su occasi affocati):
schiederanno i voli alle tortore del canto
negli albi cieli pasquali;
non muove l'Anno su cardini di firmamento
né per vie di pianeti
ma lo volge dolce e lento
cerchio di melodie.

(Ai quattro punti del Mondo
muovono Arcangeli il vento e i colori)
—ma già nel tempo
spirò dall'occidente un soffio insonne
e accende di cannelle, di cinnamomi,
di rostri porporini i cammini dell'aure
di malie d'arbusti le chiome dei venti i transiti marini.
Di là dalle Colonne
si stende la piana di spume di cresse abbaglianti,
s'erge nei fondali la mole di pomice mora,

¿Y el Otoño, el Invierno que da?
Por las noches, el Invierno, en el altar
globos de gotitas heladas entre enebros
que la luz hace remolinear,
y los vientos cuando el órgano retruena.

Entre las volutas, entre los arcos que superan los estros
más ligeros que los teclados, pavos, aves del paraíso,
[faisanes

en conchas celestes beben,
la fugitiva del Arca trae la oliva
entre los granados.
En los atriles junto a los misales de cuero
grabados están los antifonarios (tienen bandadas
de golondrinas en encendidos ocasos):
desplegarán los vuelos a las tórtolas del canto
en los albos cielos pascuales;
no se mueve el Año sobre goznes de firmamento
ni por la ruta de los planetas,
pero lo vuelve suave y lento
un círculo de melodías.

(En los cuatro extremos del Mundo
mueven los arcángeles el viento y los colores)
—pero ya en su momento
de occidente sopló un aire insomne
que enciende de canelos, de cinamomos,
de rostros purpúreos los caminos de los céfiros
de hechizos de arbustos las cabelleras de los vientos los
[tránsitos marinos.

Más allá de las Columnas
se extiende un llano de espumas de encrespadas ondas,
en el fondo se yergue una mole de negra piedra pómez,

s'alzano i re dai manti di piume
nei vortici del sole.

... oltre le volte vicino ai campanili
ove la mano dell'Evangelista
alta indice alle nubi il volo,
bianco attonito di cellette, di ballatoi,
d'intonaco nudo riflette
tutto l'aereo sospeso mattino.

Ma dove spirano raggiere ed ombre muschiate
all'interne gallerie, alle grate delle tribune
(trascorrono lucerne la notte)
ove vanto di forme gonfia ringhiere tralci campanule soffia
dorate
s'affollano spicchi di volti fra garze consunti profili di lune.



*Andavano già lontane
in grande lagrima d'aria
che luce segreta diffonde
e muovon da l'alto campane
in gloria, profonde.*

*Altre: nel pallore che langue e che sogna
segnati i destini sotto la dolorante
trama di vene e di sangue.
Ma chi sa i cammini
dell'anima solitaria?*

*Piegarono a la corrente
d'onde volubili, d'aria,
al denso fogliame ove il serpente*

se alzan los reyes con sus mantos de plumas
en los remolinos del sol.

... allende las bóvedas cerca de los campanarios
donde la mano del Evangelista
arriba señala el vuelo a las nubes,
blanco atónito de celdas, de galerías,
de desnudo encalado refleja
la mañana toda suspendida y aérea.

Pero donde alientan custodias y musgosas sombras
en las galerías interiores, en las rejas de las tribunas
(lamparillas cruzan la noche)
donde un esplendor de formas abulta barandas zarcillos
[campánulas sopla doradas
se concentran gajos de rostros entre consumidas gasas
[perfiles de lunas.



*Andaban ya lejanas
en gran lágrima de aire
que luz secreta difunde
y mueven desde lo alto campanas
de gloria, profundas.*

*Otras: en la palidez que languidece y sueña
marcados los destinos bajo la dolorosa
urdimbre de venas y de sangre.
Pero ¿quién conoce los caminos
del alma solitaria?*

*Se inclinaron a la corriente
de ondas volubles, de aire,
al denso follaje donde la serpiente*